

## 2

# Pensamiento comunicacional latinoamericano y convergencia digital. Retos epistemológicos y académicos

*Raúl Fuentes Navarro*

Cuanto más dure la creencia de que estamos disfrutando de un sistema de información bondadoso y benigno, que nos ofrece generosamente una mejor comprensión de la realidad social; mientras sigamos separados por cierto velo de «responsabilidad social» y neutralidad tecnológica de la estructura del poder de la propiedad y del control político que domina en todos los demás sectores del sistema, mayor será el peligro en que nos hallemos.

HERBERT I. SCHILLER, 1983

### Nota introductoria

La invitación extendida por los editores de esta obra incluía ya título y subtítulo de este capítulo a manera de sugerencia, que adopté al momento de aceptar la invitación para concretar en este texto algunas reflexiones que quizá estén mejor

referidas a la segunda enunciación que a la primera, pero que deseablemente corresponderán a los propósitos generales del libro.

La expresión «pensamiento comunicacional» es sin duda sugerente, como muchas otras que circulan en los ámbitos académicos dedicados al estudio de la comunicación en todas partes del mundo, que se debaten constantemente (y en apariencia constitutivamente) entre la afirmación de una identidad propia en tanto empresa intelectual y la necesidad de justificar la inversión de recursos sociales en su institucionalización. En la última década del siglo xx, dos libros de gran erudición y agudeza crítica actualizaron la historización necesaria de la «idea de la comunicación»: primero, desde el ángulo francés, *La invención de la comunicación* de Armand Mattelart (1995), y luego, desde una perspectiva estadounidense, *Hablando en el aire: una historia de la idea de comunicación* de John Durham Peters (1999). Desde la introducción de este último texto, el autor problematiza radicalmente su objeto, como suele hacerlo:

En gran parte del discurso contemporáneo, «comunicación» existe como una suerte de plasma germinal malformado e indiferenciado. Rara vez una idea ha sido tan infestada de lugares comunes. [...] Porque «comunicación» ha llegado a ser propiedad de políticos y burócratas, tecnólogos y terapeutas, todos ansiosos por demostrar su rectitud como buenos comunicadores. Su popularidad ha rebasado a su claridad. Aquellos que buscan hacer teóricamente preciso el término para el estudio académico, han terminado a veces sólo formalizando el miasma a partir de la cultura más en general. La consecuencia es que el pensamiento filosóficamente más rico sobre la comunicación, tomada como el problema de la intersubjetividad o las rupturas en la comprensión mutua, se encuentra frecuentemente en aquellos que hacen poco uso de esa palabra (Peters, 1999: 6-7).

Los debates sobre la naturaleza y los alcances posibles del estudio de la comunicación son interminables, y no obs-

tante las confusiones que estos mismos debates ayudan a generar, algunas nociones se imponen temporal y localmente, casi siempre relacionadas con proyectos sociales referidos a cierto tipo de prácticas «de comunicación», o al menos a ciertas modalidades de institucionalización académica. Esta dimensión institucional, que regula las actividades de enseñanza e investigación y constituye el «campo académico», resulta ser el espacio social propio para el cultivo y la difusión del «pensamiento comunicacional».

Una de las formulaciones más elaboradas y conocidas del «pensamiento comunicacional» es la de Bernard Miège (1996), claramente ubicada en el debate francés por la legitimación académica de las Ciencias de la Información y la Comunicación, y que sostiene frente a la doble tensión entre «disciplina» e «interdisciplina» por una parte, y entre la consistencia intelectual y sus usos instrumentales por la otra:

La condición de este pensamiento comunicacional aún es profundamente indecisa, ya que al mismo tiempo es organizador de prácticas científicas, reflexivas o profesionales y respuesta a las demandas de los Estados y de las grandes organizaciones e inspirador de cambios en las mismas; en una palabra, puede estar en el origen o acompañar los cambios en las prácticas culturales o las modalidades de difusión o de adquisición de conocimientos (Miège, 1996: 9-10).

Otra formulación que emplea el mismo término, ampliamente difundida desde Brasil por José Marques de Melo (2003, 2007) en los años más recientes, agrega un propósito explícito a la propuesta, al exponer las manifestaciones del «pensamiento comunicacional latinoamericano»:

La afirmación de la mirada latinoamericana, reivindicando la identidad sociocultural de los estudios e investigaciones que hace medio siglo están en proceso de desarrollo en nuestra mega-región, corresponde al propósito de enfrentar el tradicional complejo del colonizado. Reflejando un tipo de dependencia

congénita, esa distorsión de personalidad respalda la producción de marcos teóricos generados en ecologías que están distanciadas de nuestros modos de ser, pensar y actuar. Frente a retos de esa naturaleza el segmento académico de la comunicación en América Latina no siempre reacciona positivamente, adoptando una conducta defensiva en lugar de ocupar el espacio que le compete en la vanguardia de la comunidad científica mundial (Marques de Melo, 2007: 16-17).

Con estos dos ejemplos puede quedar suficiente evidencia de que términos como «pensamiento comunicacional» suelen emplearse en un sentido más o menos asociado a una posición en un debate, en una lucha por la dominación (y la denominación) del campo. Es por ello que sirven para reconstruir una historia, en la que ciertos aportes se consideran más valiosos o significativos que otros, para justificar las perspectivas adoptadas en el presente, y para desde ahí trazar líneas de desarrollo y acción futuras. También por esa razón me parece pertinente y estimulante usar esa expresión en este lugar, para reflexionar sobre los retos epistemológicos y académicos asociados con la «convergencia digital» y la emergencia de la Sociedad de la Información en los espacios latinoamericanos.

### Una necesaria retrospectiva

Hace ya diez años, en un seminario memorable celebrado en Lima, propuse «algunas interpretaciones personales acerca de las inercias e iniciativas predominantes en la investigación latinoamericana de la comunicación en los años noventa, y las consecuentes propuestas de reformulación estratégica de sus prácticas en tres planos articulados», el primero de los cuales era el de la historia del campo, en el que sugerí entonces y retomo ahora, «relecturas y reescrituras que orienten la renovación de las utopías fundantes» (Fuentes, 1999: 54). En aquel momento hice, al igual que ahora, un movimiento de retrospectiva.

En 1992 FELAFACS publicó un libro titulado *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina* en el que, bajo la forma de un texto de apoyo para la docencia, intenté trazar los fundamentos para una historia de la investigación latinoamericana de la comunicación. Partía entonces, y lo reafirmo ahora, del supuesto fundamental de que «la construcción de mapas orientadores ante la creciente complejidad del campo es un prerrequisito importante para la generación de opciones profesionales (y académicas) más claras y para el reconocimiento de los antecedentes, fundamentos y necesidades de desarrollo del pensamiento y la acción latinoamericanos sobre la comunicación en la última década del siglo xx» (Fuentes, 1992: 9).

En esos principios de la década logré, sin gran dificultad, reconstruir la «problemática» latinoamericana de la comunicación y los acercamientos a su investigación y práctica predominantes en los años sesenta a partir del eje de tensión (teórico-metodológico) entre el *desarrollo* y la *dependencia*, así como su desplazamiento, en los años setenta, hacia el eje de tensión (epistemológico-político) entre los criterios de *cientificidad* y la contribución al *cambio social*. Pero ningún esquema de este tipo me permitió entonces organizar las tensiones del campo en los años ochenta, por lo que opté por «abrir el horizonte futuro revisando no sólo las temáticas o los aportes principales, sino algunas de las dimensiones del campo, en cuyas contradicciones, crisis y desarticulaciones radica la *síntesis* actual de la historia y las posibilidades de trabajo creativo que son el reto que habrá que enfrentar en los noventa para construir y realizar el futuro imaginado» (Fuentes, 1992: 9-10).

En aquel momento que, como lo formuló Jesús Martín Barbero en 1987, seguía exigiendo «aceptar que los tiempos no están para la síntesis» y que teníamos que «avanzar a tientas, sin mapa o con sólo un mapa nocturno... un mapa no para la fuga sino para el reconocimiento de la situación desde las mediaciones y los sujetos» (Martín Barbero, 1987: 229), proliferaron las revisiones autocríticas del pasado y las

prefiguraciones del futuro del campo, escritas por varios de los más importantes investigadores latinoamericanos. Muy pocos de esos textos son optimistas o inspiradores de acciones entusiastas, a pesar del evidente crecimiento en tamaño y relevancia social del campo, en casi todos los países latinoamericanos.

Se habló de los ochenta como una «década perdida», como si el diagnóstico de la economía latinoamericana le fuera aplicable automáticamente a la investigación de la comunicación. Sin embargo, la tensión predominante en los años noventa pareció establecerse sobre el eje del abandono de las premisas críticas, sea ante la adopción de la «inevitable vigencia» de las leyes del mercado también en el ámbito de la investigación, sea ante la dispersión de enfoques sobre las múltiples «mediaciones» culturales de las prácticas sociales, sea en otras direcciones, entre las cuales la «tecnologización» tuvo un lugar importante.

Por un lado, entonces, las temáticas asociadas a la «globalización» y las tecnologías digitales y, por el otro, las asociadas a las «identidades» microsociales, exigieron la ruptura (o provocaron el «desvanecimiento») de casi todos los supuestos teórico-metodológicos, epistemológicos y, sobre todo ideológicos, que habían sostenido la investigación de la comunicación en las décadas previas. Desde mediados de los años ochenta, parece tener cada vez menos sentido investigar las relaciones de los medios de difusión con la dependencia o con el desarrollo nacionales, formular e impulsar alternativas a las políticas y prácticas de la «manipulación» informativa o el entretenimiento comercial, o discutir los fundamentos conceptuales que permiten llamar «comunicación» no sólo a tantos fenómenos distintos, sino enfocados desde perspectivas fragmentarias y hasta opuestas entre sí, a lo largo de distintos ejes (Fuentes, 1999: 54-55).

Al final de la primera década del siglo XXI, esta situación, en sus líneas generales, podría muy bien seguir describiendo a la investigación latinoamericana de la «comunicación», que sin embargo ha avanzado considerablemente en extensión y

en reconocimiento, siguiendo patrones de *institucionalización académica* muy diversos y hasta divergentes según el país de que se trate. Hay que considerar, también, que los impulsos (tanto los retóricos como los eficientes) hacia la «integración» latinoamericana disminuyeron considerablemente desde principios de los años noventa, cuando la «regionalización» del mundo que siguió a la desintegración del bloque soviético y a la formación de la Unión Europea, condujo a México hacia la formalización de un Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA) con Estados Unidos y Canadá, y a Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay a la constitución del MERCOSUR (o MERCOSUL), quedando el resto de los países latinoamericanos (geográficamente «intermedios») en una especie de aislamiento que han enfrentado con estrategias muy diversas. Con tales cambios contextuales, que ciertamente han afectado el desarrollo del «pensamiento latinoamericano» que pudiera haberse identificado en décadas anteriores, se hace cada vez más difícil caracterizar alguna unidad de esa escala en el «pensamiento comunicacional».

Y, no obstante, hay suficientes razones históricas –y políticas– para refrendar algunos de los ejes de sentido, entre ellos en primer lugar el *utópico* (Beltrán, 1982), o en términos de Immanuel Wallerstein, el *utopístico*, con respecto al estudio académico de la comunicación en América Latina y su articulación con proyectos sociales de futuro, que de ninguna manera pueden separarse de sus raíces pasadas. Esta propuesta implica replantear las estructuras del conocimiento y «de lo que en realidad sabemos sobre cómo funciona el mundo social», en vez de confiar en una «utopía» o lugar inexistente como modelo futuro de sociedad. Utopística, en cambio,

es la evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos. Es la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos y

sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto (e inevitable), sino el de un futuro alternativo, relativamente mejor y plausible (pero incierto) desde el punto de vista histórico. Es, por lo tanto, un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad (Wallerstein, 1998: 3-4).

Como señala la convocatoria del presente libro, los desafíos y debates sobre la Sociedad de la Información desde América Latina tienen sus propios antecedentes y premisas, que es indispensable recuperar y reinterpretar en y para la construcción del futuro. Después de todo, la investigación de la comunicación en América Latina puede muy bien revisarse, en sus trayectorias pasadas y en vistas al futuro, como una larga serie de *retos* tanto internos (científicos, académicos) como sobre todo externos (socioculturales, políticos). Las dos últimas décadas del siglo xx y la primera del xxi, en efecto, época de transformaciones en todos los ámbitos, aspectos y dimensiones de la vida social, han visto transcurrir para el estudio de la comunicación en América Latina un conjunto creciente de «retos» que se acumulan sobre los formulados anteriormente y convierten con ello al campo en una red de tensiones irresueltas y de insuficiencias múltiples, cada vez más intrincadas.

Jesús Martín Barbero se fue convirtiendo, a partir de la década de los ochenta, en un líder de la investigación latinoamericana de la comunicación, en un «formulador de las cuestiones», en un impulsor del campo hacia la continua renovación crítica y una permanente e inacabable reorientación en términos de pertinencia social del trabajo. Un documento suyo, presentado en julio de 1980 en la asamblea de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC) celebrada en Bogotá, y luego publicado en diversas revistas, titulado precisamente «Retos a la investigación de comunicación en América Latina» (Martín Barbero, 1982), marcó no sólo el necesario balance sobre los setenta, sino que al señalar las tendencias que deberían atenderse

en los ochenta, puede leerse ahora casi como un *programa* de lo que movería al campo en esa década y las siguientes.

En los últimos años, el conflicto entre el carácter internacional de la estructura económica y el carácter nacional de la esfera política se ha tornado insoluble. Pero a su vez se ha convertido, paradójicamente, en una de las claves de la retórica de los dictadores, retórica con la que se trata de mistificar el hecho de que son cada vez más las transnacionales las que dictan las normas que deben adoptar las políticas nacionales. Este contexto replantea las condiciones de trabajo del investigador en ciencias sociales y, en particular, en el área de la comunicación masiva. Tres aspectos me parecen especialmente relevantes de ese nuevo contexto:

*Primero.* En el campo de la investigación, las tácticas de dominio están cambiando. [...] La fragmentación y la descontextualización se establecen como condiciones para la objetivación, es decir para que una problemática pueda ser «tratada científicamente». [...] *Segundo.* Las nuevas tecnologías de comunicación se presentan y reciben como la matriz de un nuevo modelo social, de una pseudoutopía con la que el capitalismo conjura su crisis y pretende salvarse esta vez. [...] *Tercero.* La cada día más estrecha y más específica articulación económica-política de las comunicaciones con el proceso social global. En el plano económico, «las comunicaciones están penetrando hasta el corazón del trabajo y del sistema productivo» (S. Hall), no sólo por el aporte fundamental de los medios al proceso de valorización del capital sino por el papel que la información juega ya en cuanto materia prima de cualquier producción e incluso como redefinidora de los procesos mismos de producción. En el plano político, las nuevas comunicaciones, resultantes del encuentro de la telecomunicación con la informática, vienen a replantear seriamente la función y relaciones del Estado, especialmente del Estado y los medios, a partir del control que unas pocas transnacionales ejercen sobre la investigación y la producción en este campo. Es todo el modelo

democrático occidental el que está siendo afectado por la dirección en que marcha la «sociedad informatizada» (Martín Barbero, 1982: 99-100).

Después de discutir la «persistencia de la teoría negada y la esquizofrenia que alimenta» (el funcionalismo y la concepción instrumentalista de los métodos y las técnicas), así como de proponer «ciertas rupturas y los desplazamientos que implican», que desarrollaría en múltiples textos posteriores, especialmente en *De los medios a las mediaciones* (1987), Martín Barbero indica los tres campos de investigación en comunicación que «se configuran actualmente como estratégicos» y que han sido de hecho explorados prioritariamente como tales desde el marco de «la comunicación en la cultura y de la cultura en la política»: el orden o la estructura internacional de la información, el desarrollo de las tecnologías que fusionan las telecomunicaciones con la informática, y la llamada comunicación participativa, alternativa o popular.

Necesitamos de una investigación capaz de asumir la complejidad del reto que las tecnologías plantean: que no sólo relativice su eficacia-fetichismo y la mistificación que produce. Quizá la verdadera eficacia de las nuevas tecnologías no consista en hacer que el sistema social y la racionalidad que lo sustenta salgan de la crisis intactos –y hasta reforzados–, sino que sea capaz de poner al descubierto las virtualidades de transformación, las contradicciones que generan y, por tanto, las posibilidades de acción y de lucha que abren (Martín Barbero, 1982: 107).

Probablemente, el antecedente más importante y el principal núcleo de interlocución crítica de esta propuesta sean los esfuerzos latinoamericanos de los años sesenta y setenta por vincular las escalas «macro» (nacionales, internacionales, globales) con las «micro» (regionales, locales, comunitarias) en los estudios sobre la «comunicación», la información y «los medios». En la primera de estas escalas, de alcance global, puede ubicarse el estudio del «imperialismo cultural»,

que muy precozmente fue relacionado en América Latina con esfuerzos de conceptualización de escala «micro», englobados a su vez en lo que se llamó «comunicación alternativa». Ninguno de los dos términos ni las corrientes que nombraban logró definiciones consensuales y suficientemente sólidas, pero las experiencias y los debates suscitados impulsaron la investigación de la comunicación hacia enfoques más amplios, tanto alrededor de la «transnacionalización de la cultura» como de la «comunicación popular». La mítica revista *Comunicación y Cultura* dedicó en 1979 su número 6 al «Imperialismo cultural», tema que sus directores (Armand Mattelart y Héctor Schmucler) introdujeron en términos críticos, según las que en adelante serían perspectivas teóricas muy influyentes, siguiendo a Gramsci:

A fuerza de repetirse, la expresión «imperialismo cultural» ha adquirido un valor casi ecuménico y, por lo tanto, pocas veces se intenta volver sobre su verdadera significación. Sin embargo, las luchas liberadoras y revolucionarias mantenidas por diversos pueblos en las últimas décadas han mostrado un hecho que merece meditar: en el campo de la cultura es infinitamente más fácil constituir frentes nacionales antiimperialistas que establecer estrategias unificadas para los procesos que se desarrollan en ese terreno. Si la coincidencia es total para señalar al enemigo exterior y la índole de sus agresiones, se multiplican las fracciones cuando se trata de postular actitudes precisas en los lugares específicos donde se verifican las batallas ideológicas.

Como todo concepto, el de imperialismo cultural está marcado por las condiciones concretas (materiales) de su gestación. Un análisis cuidadoso de las disímiles respuestas ofrecidas por los distintos sectores de la sociedad a la penetración y el dominio de la cultura imperialista permitiría detectar el paralelismo de las definiciones intentadas por cada grupo y la situación de ese grupo en el conjunto social. No sería extraño, en ese caso, observar en el enfoque de la «dominación cultural» las

mismas contradicciones que las existentes en la aproximación que realizan sobre el proceso nacional en su totalidad.

Cuando se considera la realidad desde la perspectiva de los intereses actuantes a nivel nacional e internacional, no siempre se tiene suficientemente en cuenta que las fuerzas imperialistas constituyen sólo uno de los polos de la contradicción y que el otro polo, el país llamado «dependiente», está constituido por grupos sociales en conflicto. De las contradicciones, alianzas y antagonismos de clases y fracciones de clases que se manifiestan en este último polo, van a depender las respuestas que se ofrezcan a la agresión. Cada vez más resulta necesario volver nuestra mirada sobre las situaciones de los países particulares, pues en la actualidad la dominación no resulta sólo de la fuerza del dominador, sino –y fundamentalmente– de los sectores que en el polo dominado se identifican con el enemigo exterior para vivir como propios los intereses y las concepciones del otro (*Comunicación y Cultura*, 1979: 3-4).

La mayor parte de los artículos publicados en ese número de *Comunicación y Cultura* fueron presentados en la Conferencia Internacional sobre Imperialismo, Cultura y Resistencia Cultural, realizada en Argel en octubre de 1977. Entre ellos, el de Bernard Cassen (1979) denuncia a «la lengua inglesa como vehículo del imperialismo cultural», partiendo de la definición que sobre éste ofrecía Herbert Schiller:

Conjunto de los procesos que introducen a una sociedad en el seno del sistema moderno mundial y la manera en que su capa dirigente es llevada, por la fascinación, la presión, la fuerza o la corrupción, a modelar las instituciones sociales para que correspondan a los valores y a las estructuras del centro dominante del sistema o a convertirse en su propagandista (Schiller, 1976a, en Cassen, 1979: 75).

No deja de ser interesante la importante contribución de investigadores críticos norteamericanos y europeos en la for-

mulación y el desarrollo latinoamericano de la temática del imperialismo cultural (luego continuado, entre otras líneas, como «imperialismo de medios», Tunstall, 1977). Por ejemplo, el mismo Herbert Schiller publicó en 1970, en Estados Unidos, un libro que sería muy difundido y citado en América Latina: *Mass Communications and American Empire*, traducido como *Comunicación de masas e imperialismo yanqui* (1976b) y los investigadores finlandeses Kaarle Nordenstreng y Tapio Varis (1976) realizaron para la UNESCO un informe sobre la circulación de los programas de televisión en el mundo. De estos investigadores, la revista *Chasqui* publicó varios aportes tempranos (Nordenstreng y Varis, 1974; Varis y Salinas, 1977), antecedentes directos de estudios muy difundidos, como el de Livia Antola y Everett Rogers (1984) o *Comunicación dominada* (1980) de Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Fox. En todos estos trabajos, y en muchos otros del mismo género, hay datos muy detallados e interpretaciones muy críticas sobre la «invasión cultural» de América Latina por Estados Unidos (Muraro, 1985).

Armand Mattelart fue uno de los primeros, y seguramente el más influyente, de los investigadores que desde América Latina plantearon los problemas de la transnacionalización de la cultura y la comunicación no sólo en los medios masivos sino también en la tecnología, el entretenimiento y el turismo (1974), en la industria publicitaria, mercadotécnica y de la investigación comercial (1975), en la electrónica «pesada», las tecnologías espaciales, la educación, la política, la propaganda y el espionaje (1977). No obstante las deformaciones que sus trabajos fueron sufriendo en la amplísima difusión que tuvieron en Latinoamérica, Mattelart no dejó nunca de advertir las necesarias reservas críticas que son mucho más claras en sus obras más recientes, elaboradas en Francia. En el citado número 6 de *Comunicación y Cultura*, señalaba, en 1979, que:

Un primer peligro acecha a los análisis del imperialismo y, más en particular, del imperialismo cultural e ideológico. Sin

querer, muchos consagran y, de hecho, convalidan el mito de su omnipotencia y omnisciencia. Los estudios críticos del imperialismo a veces suelen ser víctimas de una especie de «contrafascinación» del poder. Los productos culturales que se bombardean desde las metrópolis son tantos que, en principio, deberían ahogar cualquier resistencia posible. Si de algunas denuncias e, incluso, de ciertos análisis se desprende esa visión casi apocalíptica es porque el imperialismo es tratado como un *deus ex machina*. Fórmula cómoda, en la medida en que puede servir para explicar, incorrectamente, el fracaso de ciertas estrategias para enfrentar al imperialismo, del tipo: «el enemigo era tan fuerte que resultaba invencible».

Los bombardeos se realizan siempre en contra de un actor social. Los procesos, cuando se consideran al margen de las condiciones concretas de las luchas sociales, sin un análisis de clases, crean necesariamente la impresión de que el avance victorioso del enemigo es fatal. ¿Cómo precaverse contra tales errores de análisis?

Una primera medida terapéutica consiste en evitar confundir la lógica de la supervivencia del capitalismo con la ineluctabilidad de sus triunfos. [...] No hay que confundir el ciclo inexorable de la expansión del capital creado por el proceso de acumulación y la necesidad de obtener beneficios, con la imagen abrumadora de su marcha triunfalista.

Una segunda medida terapéutica consiste en volver a una perspectiva aparentemente elemental y situar al imperialismo y su acción en el juego de las distintas relaciones de fuerzas. El imperialismo sólo puede actuar en la medida en que es parte integrante del movimiento de las fuerzas sociales nacionales. En otros términos, las fuerzas externas no pueden introducirse y ejercer su acción deletérea en una nación sin la mediación de las fuerzas internas; solas no podrían desempeñar un papel decisivo. [...]

Tal enfoque tiene el mérito de reconciliar el estudio del macrosistema multinacional que domina las relaciones entre las naciones, con el de las distintas realidades nacionales donde, a través de relaciones de clase específicas, y en una situación determinada de las fuerzas productivas, se manejan las alternativas de lucha contra el poder imperialista (Mattelart, 1979: 9-10).

Un buen número de las investigaciones que sobre las estructuras de propiedad y de control de los medios masivos se realizaron en casi todos los países latinoamericanos a partir de los años setenta tomaron esta línea: la que vincula los «poderes» de las burguesías nacionales con las empresas transnacionales y los intereses políticos y económicos norteamericanos. *Neoliberalismo y comunicación de masa* (1974) de Heriberto Muraro, es uno de los ejemplos más importantes en este sentido. Sin embargo, la misma relación dialéctica fue a veces ignorada, al dejarse de lado en ciertos análisis la consideración «nacional» de las relaciones entre los detentadores de los medios y las clases medias y populares, «receptoras» de los mensajes difundidos por ellos. Y esta deformación creció cuando se trató de analizar a los «nuevos medios» de información.

Desde mediados de los setenta, los estudios críticos sobre los flujos informativos transnacionales y las consecuentes documentación y denuncia de los desequilibrios mundiales y la dependencia informativa de América Latina constituyeron otra aportación importante, luego relacionada con las propuestas de «políticas nacionales de comunicación» y con un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC), propugnado sobre todo desde la UNESCO. Dos centros de investigación destacaron especialmente en este campo: el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO) de la Universidad Central de Venezuela, creado en 1971 por Antonio Pasquali (1963; 1970), y el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), establecido en México en 1976.

En Venezuela la larga tradición político-académica de los periodistas y la alta significación de sus organismos gremiales (Díaz Rangel, coord., 1987: 447-452) contribuyeron a que desde los años sesenta fueran formulándose ahí una serie de problemas con la información internacional que en las siguientes décadas serían extensamente investigados. Entre los trabajos precursores venezolanos se cuentan *Pueblos subinformados* (1976) de Eleazar Díaz Rangel, originalmente publicado en 1966 y reeditado diez años después, *El imperio de la Noticia* (1982) de Héctor Mujica, cuya primera edición es de 1967, e *Información, dependencia y desarrollo* (1976) de José Antonio Mayobre.

El ILET, por su parte, fue establecido en México en 1976, como una organización no gubernamental sin fines de lucro. Su objetivo fundamental fue definido en los siguientes términos: «desarrollar estudios e investigaciones pragmáticas sobre los fenómenos transnacionales y, en particular, sobre la estructura transnacional de poder que actúa en el interior de la mayoría de los países del Tercer Mundo». Inicialmente, el ILET definió dos áreas principales de trabajo: «información y dependencia» y «empresas transnacionales».

El papel del ILET fue sumamente importante en los debates internacionales sobre las políticas nacionales de comunicación y el NOMIC. Su director ejecutivo, el chileno Juan Somavia fue, junto a Gabriel García Márquez, uno de los dos latinoamericanos que formaron parte de la Comisión Internacional sobre Problemas de Comunicación constituida en 1976 por la UNESCO bajo la presidencia de Seán MacBride (MacBride *et al.*, 1980). Algunos de los libros más representativos de la producción del ILET en México, ampliamente difundidos, son: *La información en el Nuevo Orden Internacional* (1977a) y *La noticia internacional* (1977b), compilados por Fernando Reyes Matta; *Iglesia, Prensa y Militares* (1978), del mismo y Rafael Roncagliolo; *El desafío jurídico de la comunicación internacional* (1979), compilado por Alberto Ruiz Eldredge; *Trampas de la información y neocolonialismo* (1979) de Gregorio Selser y Rafael Roncagliolo; *Compro-*

*pólitan: el orden transnacional y su modelo femenino* (1980) de Adriana Santa Cruz y Viviana Erazo; *Poder económico y libertad de expresión* (1981) de Diego Portales Cifuentes; *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* (1983), otra compilación de Fernando Reyes Matta; y *América Latina en la encrucijada telemática* (1983) de Armand Mattelart y Héctor Schmucler, sobre el que volveremos enseguida. Una vez que la mayor parte de los investigadores sudamericanos que se habían exiliado en México habían regresado a sus países de origen, el ILET editó otros libros en Perú, como *Comunicación transnacional, conflicto político y cultural* (1982) compilado por Diego Portales, y en Argentina, como *Los laberintos de la crisis* (1984) de Alcira Argumedo y *La era teleinformática* (1985), compilado por Gabriel Rodríguez.

Como insinúan los mismos títulos de los libros, las investigaciones del ILET fueron transitando, sin perder su eje central (los fenómenos de la transnacionalización), de una preocupación casi exclusiva por la circulación de la información en el mundo, hacia problemáticas más complejas, como las referidas a la comunicación alternativa y las nuevas tecnologías de información y comunicación en América Latina, teniendo siempre presente el estudio del poder.

## La encrucijada telemática

A pesar de que han transcurrido más de veinticinco años desde su publicación, *América Latina en la encrucijada telemática* (1983) de Armand Mattelart y Héctor Schmucler puede considerarse un excelente ejemplo, en sus escasas 131 páginas, de una corriente de investigación latinoamericana caracterizada por el propósito de articular un horizonte amplio con un contexto muy precisamente descrito, sobre la base de convicciones críticas y un afán casi obsesivo por desentrañar, historizándolas, las tendencias y las estrategias del poder. En este caso, más allá del cuestionamiento de los «medios», los autores se adelantaron a describir y analizar

«los aspectos que hemos considerado más sobresalientes de la nueva etapa que se abre con la introducción de las nuevas tecnologías de comunicación e información en el continente» (Mattelart y Schmucler, 1983: 9). El empleo del término «tele-mática» («fruto de la contracción de telecomunicaciones e informática») sirve para problematizar la «síntesis» que más tarde se reconocerá como «convergencia digital», y para articular, mediante el análisis de las políticas gubernamentales y privadas, las tendencias de la comunicación desde sus dos polos: el de las industrias productoras y el de los sujetos sociales.

El desarrollo acelerado de los nuevos sistemas de información pone a la orden del día la cuestión de la transferencia de las tecnologías culturales. Es preciso subrayar el hecho esencial de que transferencia de estas tecnologías de información, más quizá que otro campo, equivale cada vez más a una transferencia de modelos globales de organización del poder. La lógica del desarrollo impuesta mundialmente obliga a un conocimiento en profundidad de las pautas que la rigen a fin de buscar respuesta a una pregunta que día a día consolida su dramatismo: ¿es posible un uso alternativo de las tecnologías que surgen como instrumentos del nuevo sistema mundial?

[...] La complejidad y la profunda unidad de las redes globales de información y las nuevas formas de organización y relaciones sociales que promueven colocan ante un doble desafío a quienes cuestionan la fatalidad de una lógica que sirve a la reformulación de los modos de dominación existentes. Por una parte, exige asumir y reevaluar los análisis efectuados en el pasado y las soluciones que las fuerzas sociales han dado hasta ahora. Por otra, y como necesario complemento de la primera, requiere de una fuerte imaginación en el campo de lo político, que permita producir respuestas históricamente adecuadas a la polisemia tentacular de la información, concebida como materia prima estructurante del nuevo esquema de ordenamiento planetario (Mattelart y Schmucler, 1983: 13 y 16).

La obra está organizada en cinco capítulos, cada uno de los cuales avanza, con amplia y diversa documentación de casos y ejemplos, en la tarea de plantear las alternativas así formuladas, a partir de un diagnóstico que, probablemente, sería sostenible en los mismos o similares términos hoy en día: «Pocos estudios dan cuenta del papel material cumplido por los sistemas de comunicación en el proceso de desarrollo sociocultural de las naciones. Podría escribirse una historia verdaderamente materialista de América Latina a partir del desarrollo de sistemas como el ferrocarril, el telégrafo o el teléfono. Aún no se ha hecho, tal vez porque se ha confundido lo material con meros esquemas de desarrollo y contradicciones en el campo de la economía» (Mattelart y Schmucler, 1983: 58). Insistiendo:

En América Latina pocos estudios dan cuenta de la importancia que adquiere la incorporación de sectores intelectuales, especialmente profesionales y técnicos, a las estructuras tecnocráticas de decisión que se dilatan en todos los países. Tampoco se ha analizado suficientemente el papel activo que otros grupos de esta misma capa desempeñan en el cuestionamiento de las formas sociales existentes. Buscar las causas de esta precariedad, sobre todo en un continente donde los intelectuales han tenido una presencia permanente en los procesos históricos, permitiría descubrir los criterios con los cuales se establecieron tácticas y estrategias políticas. Igualmente permitiría detectar los límites de algunas teorías sobre el funcionamiento social, que sólo ven a los profesionales como instrumento técnico para la captación de las genéricamente llamadas clases medias. En fin, revelaría las razones por las cuales ha sido tan descuidado el estudio de la tecnología en la reproducción de las relaciones sociales (Mattelart y Schmucler, 1983: 117).

Al subrayar la carencia de estudios previos y el escaso involucramiento crítico de los intelectuales, los técnicos y los académicos latinoamericanos acerca de los procesos de toma de decisiones estratégicas para la inserción de los países lati-

noamericanos en la «modernidad» telemática, Mattelart y Schmucler dejaban constancia de un problema que, ciertamente, no ha sido resuelto. Tomando en cuenta que ya a principios de la década de los ochenta era conocido y discutido públicamente el análisis que los gobiernos de varios países habían encargado a comisiones especiales, sobre las implicaciones de la «informatización de la sociedad» (Nora y Minc, 1980; McHale, 1981; Reese *et al.*, 1982; Masuda, 1984), la incertidumbre y la falta de perspectiva de los estados latinoamericanos al respecto era preocupante, pues a diferencia de la implantación de los medios de difusión como la radio y la televisión en décadas anteriores, «los nuevos sistemas para el manejo de la información se establecen en América Latina al mismo tiempo que en los países productores. La lógica del sistema exige la planetarización para su buen funcionamiento y, a veces, las naciones del continente sirven de lugar de experimentación para el desarrollo de sistemas generados por las transnacionales» (Mattelart y Schmucler, 1983: 63).

Mattelart y Schmucler insistían en la «imposibilidad de aislar, en nuestros días, los campos hasta hace poco disociados de la información-noticia, la información-entretenimiento, la información-control social» (1983: 12), y ante la cautela que mostraban, por ejemplo, los franceses Nora y Minc, al reconocer que «los efectos sociales de la telemática son, sin duda, más importantes que sus efectos económicos, porque trastornan los juegos tradicionales de poder. Pero son también más difíciles de detectar: hay que determinar cuál es el motor principal, si la informatización o la sociedad, cuando ambos términos son ambiguos» (1980: 79), ellos proponían un análisis para América Latina a partir del cual «una conclusión es clara: si los cambios tecnológicos tienden a modificar radicalmente el horizonte de la vida política, es lógico que sea a partir de la política desde donde se rastree el significado final de esas innovaciones y desde donde se tomen decisiones. Esto impediría que la expansión tecnológica aparezca, y se la acepte, como determinada por un fatalismo histórico» (Mat-

telart y Schmucler, 1983: 123). El diagnóstico sobre la situación socio-política latinoamericana y las evidencias empíricas documentadas en su libro, a diferencia de los franceses, les permitían despejar la «ambigüedad», porque:

Durante un largo período, la discusión internacional sobre comunicación estuvo dominada por la idea —asumida por muchos países del Tercer Mundo— de que el problema se centraba en el desequilibrio informativo, de que la responsabilidad de esta situación recaía fundamentalmente en las naciones dominantes y de que el análisis de las situaciones internas era postergable. Sustentado en un consenso genérico, que unificaba criterios de Estados donde la consideración del individuo era muchas veces diametralmente opuesta, no pareció necesario indagar sobre el papel del hombre común, que se encuentra en el extremo de una cadena que muchas veces nacía en la sede de una agencia informativa transnacional. Sin embargo, ese eslabón final debería haber sido el origen de todas las preocupaciones (Mattelart y Schmucler, 1983: 127-128).

Más de una década antes de la «irrupción de Internet» tanto en la esfera pública mundial como en el campo de estudios de la comunicación (Fuentes, 2000: 23-29), y en el contexto de la «democratización» de los países latinoamericanos, la preocupación *comunicacional* y *política* de Mattelart y Schmucler enfatizaba una contradicción que en los años posteriores sería crucial: para ellos era evidente que «la implantación de las tecnologías informáticas en América Latina tiende a un proceso creciente de centralización en las decisiones institucionales y económicas». Y, sin embargo, «el discurso de los profetas de la sociedad informatizada, así como el de los que impulsan esta tendencia y están a cargo de tomar decisiones en los diferentes países, tiene como *leitmotiv* la afirmación contraria: todo lleva a la descentralización [...] Lo que está ausente, porque no pertenece a la concepción de sociedad que preside este tipo de descentralización, es la posibilidad de participar en la elaboración de las reglas de juego

que rigen esa descentralización» (Mattelart y Schmucler, 1983: 123 y 125). Ahí precisamente desemboca su análisis:

Junto con el proceso de institucionalización informática, en América Latina se expanden ideas mesiánicas: la virtual gratuidad de la información, el poder de la información y la interdependencia que determina la información. La lógica que preside estas ideas no tiene resquicios y su funcionamiento ofrece al mundo la promesa de máxima libertad y de la mayor capacidad de elegir y decidir. En efecto, si la información es gratuita, todos pueden tener acceso a ella; si la información otorga poder, y como está al alcance de todos, el poder puede estar en todas las manos; si la planetarización de la información genera interdependencia, no existen riesgos de que ese poder pueda ser utilizado para que unos dominen a los otros. Sin embargo, la realidad muestra otros datos que el mito diluye: son los actores sociales los que, en su acción, seleccionan y otorgan valor de uso a la información. La relación entre ambas –información y acción– está en el centro de la actual encrucijada de América Latina (Mattelart y Schmucler, 1983: 131).

Tanto para el avance de la investigación como para la toma de decisiones y la interpretación de las tendencias que la implantación de los sistemas de información/comunicación contemporáneos muestra en América Latina, convendría quizá releer aportes tempranos como el citado, cuyos referentes factuales han quedado sin duda obsoletos, pero cuyos marcos conceptuales mantienen algún grado de vigencia, o al menos de pertinencia para la comprensión histórica de los factores que, desde hace décadas, conforman el panorama comunicacional y social de América Latina, así como su «lugar» en los procesos globales.

Lejos de aceptar, sin más, que el «pensamiento comunicacional latinoamericano» esté determinado por el «complejo del colonizado», es indispensable reconocer las insuficiencias acumuladas a lo largo de las décadas y asimilar los aprendizajes que una historia tortuosa y accidentada ha dispuesto

como una larga secuencia de «retos», académicos y sociales, además de evidentes diferencias en distintos momentos y países. Cabe sostener la convicción de que el campo de los estudios sobre comunicación en América Latina ha adquirido ya suficiente densidad como para ser considerado un interlocutor colectivo calificado en los debates que buscan apropiarse del futuro de nuestras sociedades. Quizá esto se deba menos a los méritos acumulados por los académicos que a la importancia que socialmente se les reconoce a los objetos de conocimiento con los que trabajan. Pero esa condición no es nueva, ni particular de América Latina, ni desconocida para los investigadores de la comunicación que han asumido su tarea como un desafío a su capacidad para generar intelecciones comprometidas con la sociedad a la que pertenecen y en las que se inserta su trabajo. Ése es el principal desafío académico a enfrentar.

En términos de reflexión epistemológica, puede partirse de que en el universo telemático (Richeri, 1984), las articulaciones entre sistemas de información y sistemas de comunicación son más complejas y menos visibles que en el campo de las telecomunicaciones o el campo de la informática, en cuya intersección se originó este «universo». Si en los años sesenta y setenta se tuvieron que hacer esfuerzos, prácticamente infructuosos por cierto, para no confundir «información» y «comunicación», y poder identificar sus articulaciones en la operación multidimensional de los medios de difusión masiva, a partir de los años noventa esta definición se hizo todavía más urgente. La clave reside, seguramente, en la (re)inserción de los sujetos en los objetos de estudio. Tal como lo atestiguan y argumentan múltiples textos generados en todo el mundo en las últimas décadas, la constitución *teórica* de la comunicación es un problema irresuelto (Craig, 2008), que se vuelve cada vez más complejo conforme avanzan y se diversifican los fenómenos a explicar sistemáticamente y, paradójicamente, en tanto que se incrementan también las prácticas de investigación sobre ellos y se consolidan los programas de formación de profesionales «especialistas» en comunicación.

Son diversos los factores que pueden explicar la *desarticulación múltiple* que caracteriza al campo académico de la comunicación desde su nacimiento. En su exploración de dichos factores en la dimensión teórica, Manuel Martín Serrano realizó hace ya muchos años un análisis de la relación entre los cambios históricos que se han sucedido desde la fundación de la epistemología de la comunicación (con la *Cibernética* de Norbert Wiener en 1948), y los avatares de dicha reflexión. El investigador español argumenta que «la información posee ahora, por primera vez en la historia de la humanidad, valor de cambio» y que este hecho «trastoca la función y el uso de las teorías de la comunicación» (Martín Serrano, 1990). En este planteamiento y en otros muchos, la constitución teórica de la comunicación no es sólo un problema intelectual o científico. Es también, en gran medida, una cuestión económica, política e ideológica, dado el carácter eminentemente práctico del trabajo teórico.

Sostengo (Fuentes, 2000), con otros, la hipótesis de que ante los avances de la comunicación telemática y sus impactos sobre las dimensiones económicas, políticas y culturales mundiales, especialmente notables en la primera década del siglo XXI, se impone no sólo un replanteamiento crítico de los conceptos de «comunicación» e «información», sino una refundación completa de los sistemas teóricos necesarios para abordar el estudio y la comprensión de nuestro entorno global. Para ello, tres ingredientes son indispensables: primero, la *historización* de los sistemas y los procesos; segundo, la recuperación de la propia historia del campo académico; y tercero, la elaboración de *mapas* que permitan orientar y coordinar los esfuerzos colectivos, los debates y las propuestas, en un horizonte que sobreponga la Sociedad de la Comunicación sobre la de la información.

## Referencias bibliográficas

- Antola, L., y Rogers, E. M. (1984), «Televisión en América Latina», *Chasqui*, 9, pp. 10-16.
- Argumedo, A. (1984), *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones*, Buenos Aires, ILET/Folios.
- Beltrán, L. R. (1982), «No renunciemos jamás a la utopía, entrevista con Patricia Anzola», *Chasqui*, 3, pp. 6-13.
- Beltrán, L. R., y Fox, E. (1980), *Comunicación dominada. Estados Unidos en los medios de América Latina*, México, ILET/Nueva Imagen.
- Cassen, B. (1979), «La lengua inglesa como vehículo del imperialismo cultural», *Comunicación y Cultura*, 6.
- Craig, R. T. (2008), «Communication as a field and discipline», en Donsbach, W., ed., *The International Encyclopedia of Communication*, vol. II, pp. 675-688, Nueva York, Blackwell.
- Díaz Rangel, E. (1976), *Pueblos subinformados*, Caracas, Monte Ávila.
- Díaz Rangel, E., coord. (1987), *40 años de comunicación social en Venezuela, 1946-1986*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Fuentes Navarro, R. (1992), *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*, México, FELAFACS.
- (1999), «La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI», *Diálogos de la Comunicación*, 56, pp. 52-67.
- (2000), *Educación y Telemática*, Buenos Aires, Norma.
- MacBride, S., et al. (1980), *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*, París/México, UNESCO/Fondo de Cultura Económica.
- Marques de Melo, J. (2003), *História do pensamento comunicacional. Cenários e personagens*, São Paulo, Paulus.
- (2007), *Entre el saber y el poder. Pensamiento comunicacional latinoamericano*, Monterrey, Comité Regional Norte de Cooperación con la UNESCO.

- Martín Barbero, J. (1982), «Retos a la investigación de comunicación en América Latina», *Comunicación y Cultura*, 9, pp. 99-114.
- (1987), *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, Gustavo Gili.
- Martín Serrano, M. (1990), «La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento», *Telos*, 22.
- Masuda, Y. (1984), *La sociedad informatizada como sociedad post-industrial*, Madrid, FUNDESCO/Tecnos.
- Mattelart, A. (1974), *La cultura como empresa multinacional*, México, Era.
- (1975), «Hacia la formación de los aparatos ideológicos del Estado multinacional», *Comunicación y Cultura*, 4, pp. 73-116.
- (1977), *Multinacionales y sistemas de comunicación*, México, Siglo XXI.
- (1979), «Notas al margen del imperialismo cultural», *Comunicación y Cultura*, 6, pp. 7-28.
- (1995), *La invención de la comunicación*, México, Siglo XXI.
- Mattelart, A., y Schmucler, H. (1983), *América Latina en la encrucijada telemática*, México, ILET/Folios.
- Mayobre Machado, J. A. (1976), *Información, dependencia y desarrollo. La prensa y el Nuevo Orden Económico Internacional*, Caracas, Monte Ávila.
- McHale, J. (1981), *El entorno cambiante de la información*, Madrid, Tecnos.
- Miège, Bernard (1996), *El pensamiento comunicacional*, México, Universidad Iberoamericana, Cátedra UNESCO de Comunicación.
- Mujica, H. (1982), *El imperio de la noticia. Algunos problemas de la información en el mundo contemporáneo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Muraro, H. (1974), *Neocapitalismo y comunicación de masa*, Buenos Aires, EUDEBA.
- (1985), «La invasión cultural en América Latina», en Arriaga, Baldivia et al., *Estado y comunicación social*, México, CEESTEM/Nueva Imagen, pp. 11-36.
- Nora, S., y Alain M. (1980), *La informatización de la sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nordenstreng, K., y Varis, T. (1974), «La no homogeneidad del Estado nacional y la corriente internacional de la comunicación», *Chasqui*, 7(1), 55-84.
- (1976), *¿Circula la televisión en un solo sentido? Examen y análisis de la circulación de los programas de televisión en el mundo*, París, UNESCO.
- Pasquali, A. (1963), *Comunicación y cultura de masas*, Caracas, Monte Ávila.
- (1970), *Comprender la comunicación*, Caracas, Monte Ávila.
- Peters, J. D. (1999), *Speaking into the air. A history of the idea of communication*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- Portales Cifuentes, D. (1981), *Poder económico y libertad de expresión. La industria de la comunicación chilena en la democracia y el autoritarismo*, México, ILET/Nueva Imagen.
- Portales Cifuentes, D., comp. (1982), *Comunicación transnacional, conflicto político y cultural*, Lima, DESCO/ILET.
- Reese, J., et al. (1982), *El impacto social de las modernas tecnologías de información*, Madrid, FUNDESCO/Tecnos.
- Reyes Matta, F., comp. (1977a), *La información en el Nuevo Orden Internacional*, México, ILET.
- (1977b), *La noticia internacional*, México, ILET.
- (1983), *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*, México, ILET/FES.
- Richeri, G. (1984), *El universo telemático. Trabajo y cultura en el futuro inmediato*, Barcelona, Mitre.
- Rodríguez, G., comp. (1985), *La era teleinformática*, Buenos Aires, ILET/Folios.
- Roncagliolo, R., y Reyes Matta, F. (1978), *Iglesia, prensa y militares. El caso Riobamba y los obispos latinoamericanos*, México, ILET.
- Ruiz Eldredge, A., comp. (1979), *El desafío jurídico de la información internacional*, México, ILET/Nueva Imagen.

- Santa Cruz, A., y Erazo, V. (1980), *Compropólitan: el orden transnacional y su modelo femenino. Un estudio de las revistas femeninas en América Latina*, México, ILET/Nueva Imagen.
- Schiller, H. I. (1976a), *Communication and Cultural Domination*, Nueva York, International Arts and Sciences Press.
- (1976b), *Comunicación de masas e imperialismo yanqui*, Barcelona, Gustavo Gili.
- (1983), *El poder informático. Imperios tecnológicos y relaciones de dependencia*, México, Gustavo Gili.
- Selser, G., y Roncagliolo, R. (1979), *Trampas de la información y neocolonialismo. Las agencias de noticias frente a los países no alineados*, México, ILET.
- Tunstall, J. (1977), *The Media are American*, Nueva York, Columbia University Press.
- Varis, T., y Salinas, R. (1977), «Comunicaciones transnacionales: cine y televisión», *Chasqui*, 16(1), pp. 9-22.
- Wallerstein, I. (1998), *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo XXI.
- Wiener, N. (1948), *Cybernetics, or control and communication in the animal and the machine*, Cambridge, MIT Press.